

12
C. 123

DISCURSO
CONTRA EL MATERIALISMO,

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,

POR

D. FRANCISCO DE P. GARCÍA PORTILLO,
CATEDRÁTICO POR OPOSICION Y SOCIO DE NÚMERO
DE LA ANTEDICHA SOCIEDAD,

EN CONTESTACION

AL QUE PRONUNCIÓ EL ILUSTRADO SEÑOR

D. FEDERICO DE AMORES,
AL RECIBIRSE DE ACADÉMICO NUMERARIO.



SEVILLA:

Imprenta y Librería Española y Extranjera, de D. Rafael
Tarascó y Lassa, Sierpes 73.

1877.

R. 10273

27 cm.

Sevilla

DISCURSO CONTRA EL MATERIALISMO,

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,

POR

D. FRANCISCO DE P. GARCÍA PORTILLO,

CATEDRÁTICO POR OPOSICION Y SOCIO DE NÚMERO
DE LA ANTEDICHA SOCIEDAD,

EN CONTESTACION

AL QUE PRONUNCIÓ EL ILUSTRADO SEÑOR

D. FEDERICO DE AMORES,

AL RECIBIRSE DE ACADÉMICO NUMERARIO.



ANT

XIX

1295/10

SEVILLA:

Imprenta y Librería Española y Extranjera, de D. Rafael
Tarascó y Lassa, Sierpes 73.

1877.

Al imprimir la Real Académia Sevillana de Buenas Letras el presente discurso, para que forme parte de la coleccion que conserva de todas las producciones de esta especie, he aprovechado la ocasion de adquirir fácilmente algunos ejemplares, ya para complacer á muchos de mis amigos que desean tenerlo, ya porque la materia de que trata es de aquellas que jamás se leen sin que la Religion, la Moral y la Filosofia consigan los más plausibles triunfos.

SEÑORES:

Como los derechos y deberes son correlativos, se sigue que, si grande es el honor de que participamos perteneciendo á la Academia Sevillana de Buenas Letras, graves son tambien los cargos que ella nos impone. Y á la verdad, nuestra Academia es una corporacion oficiosa por su naturaleza: en ella sólo tienen cabida los hombres que consagran á las ciencias sus talentos: en ella se obliga á los Académicos á disertar sobre puntos sábios y difíciles: á censurar los trabajos de los que desean contarse en el número de sus colaboradores; y, finalmente, á más de no abrir sus puertas sino al hombre de conocido mérito, se le obliga, despues de admitido, á verificar su entrada pública, mediante la lectura de un discurso como el que acaba de pronunciar el nuevo Académico que hoy recibimos en nuestra compañía. Y presuponiendo esta práctica la necesidad de que otro de los socios le conteste, de ahí el ser yo en este dia el designado para intérprete fiel de los sentimientos de mi Academia, haciendo al digno socio algunas, aunque ligeras observaciones.

Pero si bien me reconozco obligado á respetar estos acuerdos, entiendo que en la ocasion presente la bondad y la indulgencia, más bien que el mérito, han contribuido á la eleccion del más humilde de los socios para tan alta empresa; si ya no habeis preferido que la voz de un Sacerdote del Dios verdadero sea la última que se oiga en este templo del saber, donde tiene lugar esta sencilla á par que majestuosa ceremonia. Como quiera que sea, entro á cumplir mi compromiso con incierto paso, temeroso de no corresponder á vuestras esperanzas. Pero si habeis sido siempre indulgentes conmigo, ¿podré desconfiar que al descubrir con vuestro seguro criterio los defectos de mi discurso acudais á dispensarlos con vuestra acreditada benevolencia? Véase la única esperanza que me anima, y que me sostiene para proseguir.

Mas ántes de dar principio á mis observaciones quiero hacer mérito de una rara coincidencia, indicio de que mis creencias científicas se identifican en un todo con las expuestas en el discurso del nuevo Académico. Con efecto, hace yá algunos años que, designado yo por el Sr. Rector de esta Universidad literaria para leer la oracion inaugural en la apertura de los Estudios, despues de meditar profundamente sobre la eleccion del punto, me decidí por considerar el espíritu científico del siglo en que vivimos. En ella hice notar el vivísimo empeño en los adelantos intelectuales, que venian á satisfacer todos los gobiernos en multiplicados planes de Estudios; y deduje que, si bien este instinto general en todos los hombres no careceria de extravíos, si no hoy, al menos en algun tiempo, deberia tener su debido cumplimiento. Lo cual se confirma si se considera que las ciencias en su nacer no son más que un conjunto de verdades explicadas por ciertas causas; verdades de que se forma un ramo de conocimientos aislado, sin órden ni relacion á ninguna otra de las ciencias. Mas despues que se presentan en cierto estado de progreso y perfeccion, se observa que las unas auxilian á las otras, prestándose conocimientos y mútuo auxilio; siendo de notar que, mientras ade-

lantan en perfeccion, si crecen en hechos observables, si se enriquecen con numerosa série de verdades, éstas se explican y se refieren á un número más reducido de causas que esotro designado al principio, ó, lo que es lo mismo, crecen en extension, aumentando de conocimientos, pero disminuyen en comprension y se hacen más fáciles y sencillas, hasta que, progresando, si bien nunca se identifican, al ménos se aproximan al estado de simplicidad con que existen en la mente de Dios, fuente y divino origen de todas las verdades. De lo dicho se deduce mi conformidad con el contenido de vuestro discurso, y que nos unimos para profesar un mismo pensamiento, á saber: que las ciencias se perfeccionan cuando muchos fenómenos, que ántes se explicaban por várias causas, se someten á la ley de un solo principio. ¿Cómo extrañar, pues, en vista de lo manifestado, que me causára placer la lectura de vuestro discurso, cuyo objeto es probar en lo posible hasta el día la identidad de los cuatro flúidos imponderables, el lumínico, calórico, eléctrico, y magnético, que tanto influyen en el dominio de la ciencia Física? ¡Ah! si mis esperanzas no me engañan, es probable que estemos destinados para ver la luz del venturoso día en que se demuestre satisfactoriamente este suceso científico: suceso que la Física contará entre sus más célebres descubrimientos, tan glorioso al triunfo de la verdad, como satisfactorio á los amantes de las ciencias.

No se crea que, por ser yo partidario del mencionado pensamiento, me dejo arrastrar de los atrevidos vuelos de una imaginacion que se goza en fantásticas ilusiones. Conociendo que el error es muchas veces el patrimonio del hombre, jamás he abrigado una creencia sin que sea el resultado de algunas meditaciones. Así es que la historia de las ciencias nos enseña que cuando la humanidad insiste en el descubrimiento de una verdad, ó la realiza, ó prueba evidentemente que es imposible. Diré más: cuando los trabajos, meditaciones y esperiencias consagrados al descubrimiento dan por resultado el progreso en nuevas razones y argumentos que lo van haciendo cada vez

más probable y verosímil, casi con seguridad puede afirmarse que se llega al término deseado. Por el contrario, cuando no ha de realizarse, nunca se encuentra la razón más insignificante que lo apoye, y después del trabajo, muchas veces de siglos, se halla por resultado un desengaño. Las leyes de la atracción sirven de ejemplo al primero de éstos asertos. ¡Cuántos trabajos, cuántas vigiliass no consagraron los sábios, tanto físicos como matemáticos, á su descubrimiento! Unos á otros se legaban el deseo y oficiosidad por encontrarlas; nunca desmayaron en tan árdua empresa, por más que las hipótesis inventadas no pudieran explicar todos los fenómenos de la primera de las propiedades de la materia, hasta que al fin el genio del inmortal Newton pudo descórrer el misterioso velo que las cubría y legar así á las ciencias unas leyes que tanto las enaltecen.

No fueron tan felices los matemáticos, que por espacio de muchos siglos se empeñaron en demostrar el teorema conocido con el nombre de postulado de Euclides. Jamás en los vários medios de demostración que fueron el resultado de sus afanosos estudios se descubrió un rayo de luz que alumbrára el inmenso vacío que los separaba del descubrimiento deseado; pero al fin se descubrió una verdad, y fué la de que es imposible su demostración, porque relacionándose ésta con la naturaleza de la línea recta, la cual como simple no consta de partes distintas en que poderse descomponer, no nos suministra ideas medias con que llevar la demostración á su término.

Tampoco fueron más felices en el empeño, por tantos siglos sostenido, de demostrar la cuadratura del círculo; y por cuanto jamás se vislumbró el camino que condujera al feliz puerto de arribo, después de largas tentativas y meditados ensayos, habló la ciencia y dijo: «es imposible: el lado del cuadrado y radio son inconmensurables.» Y así debió de ser: el hombre camina con paso firme por el dilatado espacio que separa la nada de lo infinito; pero si procura alguna vez atrevido pasar el

límite de lo finito, se pierde y precipita en lamentables errores. Debió, pues, de tener presente que el círculo es un polígono de infinitos lados, y con sólo esta meditacion no hubiera perdido el tiempo y el trabajo.

Pero ¿se encuentra en este caso la investigacion de la identidad de los cuatro flúidos imponderables, sobre la que constantemente se trabaja? Nó: la constancia por una parte de los sábios para demostrarla, y los nuevos puntos de contacto que con frecuencia se descubren entre ellos, demuestran al ménos, que no es imposible el descubrimiento apetecido. Pues qué ¿es indiferente el observar que los rayos caloríficos y luminosos experimentan refraccion al pasar por ciertos cuerpos, y que polarizan en las mismas condiciones y circunstancias? ¿No sorprende el descubrimiento de que existiendo á la vez el calórico y la luz en distintos puntos del Espectro, produzcan sobre ciertas sustancias los mismos efectos químicos, y que comuniquen á las sustancias fosfóricas iguales propiedades? ¿No pasma el notar que el calórico se trasforma en luz, y ésta en calórico, con otros tantos descubrimientos como hemos oido referir en el docto discurso que acaba de pronunciar el digno socio, con cuyos conocimientos se honra yá nuestra Academia? Hé aquí la razon que he tenido para convenir en que no es imposible la identidad de estos dos flúidos.

De otra parte, la consideracion de que el trabajo ó fuerza viva produce luz, calórico y electricidad, y de que el magnetismo comienza á estimarse no como un fluido especial, sino como diversas manifestaciones de corrientes eléctricas, nos lleva á creer, cuando ménos, en la probabilidad de que la ciencia física amplíe el campo de sus conocimientos, posesionándose de infinito número de verdades nuevas, y explicadas todas por un solo principio de un modo claro, científico y acaso evidente.

Además, nada me ha sido tan satisfactorio en vuestro discurso como la conclusion. En ella estampais una página gloriosa, manifestando, contra el sentir de algunos hombres ex-

traviados, que la materia y el movimiento, de que tanto partido se saca en la Física, son elementos improductivos en orden á los fenómenos de la inteligencia. No era de esperar otra cosa del hombre que ha consagrado á las ciencias sus talentos en el noble y distinguido ministerio de la enseñanza. De otra manera no formaríais parte de la ilustre cohorte que desde antiguo viene demostrando, que en nuestra patria ha sido muy frecuente unir á las glorias de las armas los esclarecidos triunfos de Minerva.

Sin embargo, yo me veo en la necesidad de decir algo contra ese sistema absurdo, porque ni como Ministro de un Dios que es fuente de luz inextinguible é infinita, que da vida á las ciencias; ni como Profesor público, cuya augusta misión es la de propagar el imperio de la verdad; ni como amante de la Filosofía, á la que por tantos años he consagrado mis trabajos, puedo permitir que se anuncie el error sin salir al momento á combatirlo.

No se crea que el Materialismo es un sistema nuevo. Los que por amor á las ciencias filosóficas han estudiado su historia, que por cierto es la maestra que nos enseña así los hechos y descubrimientos más gloriosos, cuanto los defectos más lamentables de la humanidad, conocen que tuvo su origen en lo antiguo; y si bien es verdad que siempre fué combatido, también lo es que, cual hidra devastadora, levanta al poco tiempo su cabeza, ocultando las heridas que había recibido en el combate. Es el único sistema que, habiendo sido derrotado mil veces, y quedado moribundo en su último atrincheramiento, tiene la serenidad de presentarse de nuevo sin más medios de existencia y sin más argumentos que aquellos con que siempre se vió obligado á rendirse. Este raro suceso tiene su explicación. El Materialismo es debido á varias causas, y tres de ellas, por ser constantes siempre, por desgracia dan su fruto. La primera es hija del amor exclusivo de algunos al estudio de las ciencias de la Naturaleza, y de la costumbre de contraer las facultades de la inteligencia en el uso de los sen-

tidos; así es que se niegan á descender al fondo del Yo, donde encontrarían seguramente su desengaño. El contacto frecuente con todo lo material los lleva á desconocer y áun á rechazar sistemáticamente todo lo que es simple y espiritual; y, concretándose sólo á la materia, concluyen por enaltecerla, atribuyéndole sin pruebas convincentes y sin una demostración acabada los fenómenos, que solo pueden ser hijos del alma humana.

Otra de las fuentes productivas del Materialismo es el orgullo. Deseoso el hombre de singularizarse, y no pudiendo conseguirlo en el camino de lo justo y verdadero, por ser una medianía, se lanza fuera de esta senda, donde si no consigue la celebridad gloriosa de su nombre, logra que se hable de sus extravíos.

Y, por último, siendo, por desgracia, harto frecuente que los hombres se engañen á sí mismos, principalmente cuando se cansan de la doctrina recibida, no es extraño que se reproduzca el Materialismo, porque el tedio de lo bello nos extraga y nos hace amar lo feo, como tampoco será difícil la existencia de los ateos. Estos dicen: No hay Dios, porque temen sus juicios, y aquellos dicen: No hay alma, porque temen los castigos que les esperan en la eternidad; pero, por desgracia, la profesión de estas creencias es el camino más seguro para encontrarlos.

Sin embargo, la época del Materialismo ya pasó; el desarrollo científico del siglo lo rechaza, como un sistema estravagante y ridículo. Podrá tacharse á la sociedad presente de descreída en materias religiosas, de indiferente; pero en medio de todos sus vicios, es demasiado sabia para ser Materialista. Lo peor es que sus secuaces revisten sus doctrinas de variadas formas y, ocultando sus tendencias, llevan su hipocresía hasta el punto de rechazar el nombre de Materialistas, para de este modo hacer más aceptables sus creencias. Si yo no temiera molestar la atención de la Academia, presentaría este debate con formas analíticas y propias de un tratado filosófico; pero

siéndome preciso atender á la brevedad, me contentaré con bosquejar ciertas doctrinas, y con responder á vários argumentos, procurando que sean los de más bulto y de mayor interés.

Lo primero que en el hombre se nos presenta es el cuerpo, que no es más que un conjunto de moléculas dispuestas de diverso modo para constituir distintos órganos, y á la vez vários aparatos que originan ese compuesto extenso que, sometido al análisis químico, nos da oxígeno, hidrógeno, carbono, azoe y otras sustancias. Pero á más de los elementos de que se compone el cuerpo del hombre, y que por sólo ellos obedecería á las leyes generales de la materia, es preciso admitir en la misma otro elemento poderosísimo que, apoderándose de estas moléculas desde el instante de su concepcion ó formacion, las sustrae del imperio de ciertas leyes, para someterlas á otras más nobles. Bajo el influjo verdaderamente admirable de este principio, llamado fuerza vital, se forman los cuerpos, se nutren, crecen, se desarrollan y ejercen fenómenos relativos á la conservacion y reproduccion de la especie, para las cuales el hombre, á la verdad, es inconsciente. Esta fuerza que existe en el cuerpo no es hija de la combinacion de los elementos que lo componen, porque si ninguno de ellos es capaz de producir los fenómenos de la digestion, nutricion y demás, claro es que combinados tampoco tendrán esta virtud. En el cuerpo humano, pues, descubre la análisis un elemento que preside á su formacion, que vela porque se conserve, y que produce la individualidad animal. Tambien se conoce que es diferente de las moléculas, porque á pesar de que estas crezcan y disminuyan, el principio vital es uno é idéntico miéntras el cuerpo existe. Es, pues, la fuerza vital la que produce los órganos, los conserva unidos, y los hace funcionar.

Siguiendo, pues, el análisis, observamos que en el hombre, á más de las funciones correspondientes á su conservacion y reproduccion, que son verdaderos fenómenos fisiológicos, los

cuales se realizan sin que el hombre tome parte en ellos, con entera independencia por parte del mismo, y sin que pueda modificar las leyes que los regulan, se descubre tambien otra serie de fenómenos, de los cuales se apercibe completamente, cuando dice, por ejemplo: yo quiero, yo recuerdo. Estos son dos fenómenos internos que deben tener su causa, y esta causa soy yo mismo, y yo soy ella; yo no puedo desconocerla sin desconocerme, y al conocerla en sí y en sus funciones, la llama yo. Nadie jamás puede suponerla, porque la siente, se conoce antes de obrar, se palpan sus efectos y las operaciones, mediante las cuales se producen.

Ahora bien, si los efectos de distinto género deben referirse á distintas causas ¿esta causa á que llamamos Yo, lo será tambien de los fenómenos que constituyen la vida? Claro es que nó. La vida que lleva su influencia á los órganos que han de verificar la respiracion, no puede ser la misma que piensa. Si el Yo tiene conciencia de sí mismo, debe tenerla tambien de todos sus fenómenos; y como yá hemos visto que no se reconoce causa de los sucesos fisiologicos, como se reconoce causa y principio de la voluntad y del recuerdo, se sigue con evidencia que en el hombre hay dos vidas, la animal y vegetativa, realizada por el principio vital, y la intelectual y moral, debida al principio animico, que es cabalmente el que constituye la personalidad humana, ó el Yo. El animal y la persona es la dualidad admirable que descubre la Psicología en el hombre, cuyos dos principios se enlazan de una manera prodigiosa. ¡Ah! si yo pudiera detenerme en estas consideraciones, si me fuera dado reconocer con la análisis el vasto campo presente á mi imaginacion en este instante y recoger las preciosas flores de que está sembrado, entretejeria con ellas la corona mas propia de la humanidad, y ofreceria á la Academia un presente digno de su alta penetracion y conocida sabiduria. Sin embargo la doctrina establecida es bastante para venir al terreno de la discusion, á que soy llamado por la observacion que hace al final de su discurso el nuevo

Académico. Y si así no fuere, en las respuestas á las observaciones del Materialismo que me propongo refutar, recibirá la ampliacion bastante y fuerza necesaria para presentar la verdad ataviada con los caractéres que le son propios, y para hacer que destelle aquellos lucientes resplandores, con que dá á conocer su natural excelencia.

Empieza el Materialista por rechazar las ideas que no representan cuerpo, y yo le replico, preguntándole: y ¿por qué admite las del placer y el dolor, la de lo bello y lo bueno, de lo verdadero y lo falso, del espacio y el tiempo, de lo infinito y absoluto? Pues estas ideas tienen una existencia verdadera, y sin embargo no pueden simbolizar cosas sensibles.

Además, todo lo que contiene la materia, lo ha recibido segun las condiciones de su ser y naturaleza: *quidquid recipitur, ádmódum recipientis recipitur*. La materia no es más que un elemento de la personalidad humana, y no seré yo el que despoje á aquella de sus fueros y derechos. Dotada de cinco sentidos para ponernos en relaciones con el mundo exterior, son los verdaderos y poderosos instrumentos de que se vale el alma para sus más sublimes concepciones; pero sin olvidar que están subordinados á ella y constituyen como su propiedad. Y si nó, en el lenguaje que instintiva y propiamente usamos, ¿por qué decimos nuestro brazo, nuestra mano, mis ojos, cuyos nombres vienen precedidos de un signo que denota propiedad y posesion? ¿Por qué es tan comun el decir yo pienso, yo siento, yo quiero, cuyas voces vienen acompañadas de otro signo que denota personalidad? El Yo humano, pues, ó sea el alma humana, obrando, es y será siempre el que constituye la personalidad en el hombre, y al que solamente es dado sentir, pensar y querer.

Siempre se ha respetado la creencia universal. Ella es una fuente pura, legítima y fecunda de verdades indestructibles, por que no la educacion ni la costumbre, ni el ejemplo, ni la autoridad, ni la persuacion, han podido realizar un pensamiento, una creencia comun de la humanidad. Pues bien,

si esto es así, observad á los hombres de todos los tiempos y paises, analizad su conducta, estudiad sus lenguas, y fijaos en la observacion interna; y todos estos elementos os dirán á una voz que existen en el hombre tres propiedades esenciales, á saber: su unidad, su identidad y su actividad, las cuales no pueden realizarse en la materia. Con efecto, cuando el hombre mas ignorante dice: Yo, no lo expresa llevado de ninguna idea filosófica, sino arrastrado por una fuerza irresistible de su instinto inherente á su propio ser, por que á la idea de su existencia se une la de su individualidad. A ¿quién se ocurrió que ésta pudiera experimentar aumento ó disminucion? El Yo humano es indivisible, y la conciencia, éste juez á quien no podemos hacer traicion, nos dice á cada momento, que si la reflexion ó el tiempo hacen distintos los fenómenos, el Yo permanece siempre uno, simple é indivisible, propiedades que jamás podrán corresponder á la materia, por ser evidentemente compuesta.

La conciencia misma que nos instruye de todo lo que pasa dentro de nosotros mismos, nos enseña tambien que cuando sentimos, pensamos y queremos, nos modificamos, y que estas modificaciones son distintas del Yo, que permanece inalterable, á pesar del cambio de los fenómenos que nos ofrece la vida psicológica.

La identidad del Yo que no es otra cosa que la persistencia en la unidad, constituye tambien una creencia universal robustecida por la conciencia y la observacion interna. Esta propiedad esencial del Yo permanece igualmente inalterable, siendo siempre la misma, á pesar de las variaciones y rapidez con que se efectuan en ella multitud de hechos internos. Pero, ¡ah! qué escena se presenta á mi imaginacion sorprendida! Ella muestra algunos de aquellos argumentos que concluyen la cuestion que nos ocupa: lo pasado y lo porvenir. Yo recuerdo los dias de mi infancia, dias de paz y de inocencia, los de mi juventud, dias de pasageras ilusiones, en que se recreaba mi imaginacion. ¡Ah! ¿por qué me atormentará la memoria, recor-

dándome las veces que me aparté de la segura senda de la reflexión para seguir la vana y engañosa á donde me llamaba mi flaqueza, los presentes días de tristes y dolorosos desengaños? Y tú conciencia aterradora y juez irrecusable de todas mis acciones, ¿por qué me presentas estos cabellos blancos para acusarme de mis pasados extravíos? y ¿á quién acusas? ¿á mi Yo, ó á mi cuerpo, á mi alma, ó á estos sentidos de que se vale para sus concepciones? ¿A quién? A tu alma, me dice con imperio; pues qué ¿ignoras que el cuerpo de que te serviste en los pasatiempos de tu juventud es distinto por sus pérdidas y renovación del que hoy tienes tan abatido y debilitado en sus fuerzas? Yo acuso á esa sustancia imperecedera y espiritual que vive en tí, que es la que fué, y la que será cuando se presente ante Dios que ha de juzgarla. Tienes razon. Yo recorro la escala de estas épocas tan variadas, y hasta contrarias á la vez; me fijo en sus puntos mas notables, y me espantan de unos los trabajos, de otros las desgracias, de aquellos los más dolorosos sufrimientos. Empero paralela á esta escala, ó série se presenta otra feliz y consoladora que me ofreció días de felicidad y bienandanza, y otras de gratos é inefables consuelos; y sin embargo ni estas distintas afecciones que en mí ejercieron su poderosa influencia, las confundia con mi Yo, ni á éste, al pasar por tan contrarios estados, le hicieron sufrir la mas pequeña variacion. Uno mismo fué en la desgracia que en la prosperidad; mi Yo no experimentó ni aumento ni disminucion alguna; uno siempre pasando del placer al dolor, de la pobreza á la abundancia, del estado de ignorancia al de mayor perfeccion intelectual; uno é idéntico siempre, cual corresponde únicamente á un ser simple, espiritual, como lo es el alma humana, y nunca en la materia.

Y lo porvenir ¿es tambien prueba de la identidad de mi Yo? ¡Ah! ¿qué nos quiere decir ese empeño con que las más veces osados intentamos correr el velo, con que Dios ocultó sus secretos? ¿qué ese afán por vislumbrar siquiera los arcanos que se comprenden en Él? ¿Á qué traer á la memoria lo pasado,

para ver si de lo conocido podemos venir á lo desconocido, que encierra el espacio ilimitado de lo futuro? A unos se los presenta la imaginacion sembrado de flores deliciosas, á otros de abrojos y de espinas: los primeros lo esperan con ansiedad, los segundos lo alejan de si mirándolo con horror. ¿A qué este empeño, este conato, este afán irresistible por apurar el cálculo de las probabilidades que tiene algun lugar, porque se trata del tiempo y del espacio? Si el Yo de hoy no ha de ser el de lo futuro, ¿por qué nos apura tanto lo porvenir? Porque existe en el hombre una fuerza, una sustancia inmutable, que es hoy lo que será en adelante, porque no consta de partes. porque es simple, porque es espiritual. Este es mi Yo, esta es mi alma, y de ningun modo la materia, que ni tiene, ni puede jamás honrarse con estas cualidades, cualesquiera que sean sus transformaciones, como veremos después.

Hay en el hombre otra propiedad esencial que requiere en el mismo la existencia de una sustancia simple y espiritual. Tal es la actividad, que como todos saben, puede ser libre y espontánea. Fijándonos en la primera como más noble y compleja, nos suministrará argumentos incontestables al objeto. No me detendré en probar la existencia de esta propiedad, que nos concede el derecho de eleccion entre términos opuestos, que nos declara dueños y señores de nuestros actos, de donde nace la condicion de que sean imputables, y por consecuencia dignos de premios y de castigos. El empeñarse en demostrar la existencia de esta propiedad, seria ofender á mi auditorio, dándole pruebas que cada cual tiene en su conciencia, y estimar en poco el testimonio universal de todos los siglos; empero sí me detendré en probar, que la actividad humana es hija inmediata de la unidad y de la identidad.

Toda sustancia que permanece una é idéntica, apesar de ser modificada de un modo activo y pasivo por mil fenómenos variados y distintos, cuenta con una fuerza que la sostiene en su unidad é identidad, y como toda fuerza diga orden y relacion á movimiento, tendrá que ser necesariamente activa. Lue-

go la actividad humana, ó sea la libertad, procede de la unidad y de la identidad del Yo, y nunca de la materia que ni es, ni puede ser idéntica. Sí, Señores Académicos, las fuerzas de los cuerpos no se pueden confundir con las del alma. Aquellas obran de una manera inconsciente y necesaria, y estas de un modo voluntario. La fuerza que conduce la sávia hasta las últimas ramas del vegetal*mas encumbrado, llevando la fecundidad, el verdor, la belleza y la vida; las fuerzas que producen en los animales los movimientos á que se deben la circulacion, la digestion, la respiracion y demás fenómenos presididos y realizados por el principio vital, no se someten á una direccion voluntaria de dicho principio, ni á la del Yo, para quien pasan desapercibidos; pero la fuerza productiva de los movimientos que dicen órden y relacion á la actividad humana, es libre, y se somete en un todo al Yo que impera en ella. Por esta razon se vé que el hombre tan pronto quiere como deja de querer. Forma un proyecto y lo corona ó nó con la ejecucion; muchas veces comienza á realizarlo, y lo pára en su curso, ó lo conduce por otra direccion, reconociéndose en todos estos distintos estados dueño y señor de sí mismo y de su actividad, llegando su imperio hasta el extremo de vencer la inercia de su cuerpo, no muy propicio muchas veces á prestarle su cooperacion; y produciendo en él actos contrarios á sus inclinaciones y apetitos, triunfa con su voluntad de los vicios mas arraigados y de las mas inveteradas pasiones. Tal es la rica joya, y don divino con que el hombre se encumbra y enaltece; pues que el monarca más grande y poderoso, ó el guerrero que en la prodigiosa carrera de sus triunfos haga temblar al mundo con su espada, ¿podrán conseguir de mí que mude las ideas que formo, que estime en poco una verdad hija de mis juicios, que aborrezca un deseo que me cautiva, ó que haga traicion á los sentimientos que nacen en mi corazon y se consuman en él? Podrá imponerme silencio y obligarme á practicar actos externos, arrastrándome por una fuerza superior á la que tienen mis miembros, con lo cual se prueba la inferio-



ridad de la materia. Pero ¿me privará de aquella voz de indignación que naciendo en lo íntimo de mi alma, me hace superior á los tiranos, y me enaltece sobre los poderosos de la tierra? ¡Ah! sobre mi voluntad nadie ejerce imperio mas que Dios, porque como Criador omnipotente, no es contradictorio que mudando mis condiciones, haga que, sin dejar yo de ser libre, varíe en deseos y sentimientos.

De lo dicho se deduce la imposibilidad de que la materia pueda ser una, idéntica y activa; pues aún cuando la traigamos al caso mas ventajoso para el materialista, que es el de considerarla un átomo indivisible. ¿Cuántos inconvenientes no se presentan? En él habian de experimentarse las sensaciones de los distintos colores, del calor y el frío, del placer y el dolor, y otras muchas que lo pondrian en un estado contradictorio. Pero aún prescindiendo de este imposible, ¿cómo se realizarían las operaciones indispensables para llevar á cabo los fenómenos de la inteligencia, cómo la comparación, la distinción y el juicio? Además, si es una creencia indefectible, según todos los fisiólogos, que la materia se renueva prodigiosamente, es claro que al arrojarse el átomo, sería arrojada el alma, y con ella toda la historia y permanencia de nuestros conocimientos; pues aunque fuera sustituida por otro, faltaría la identidad y la continuación de la existencia.

Más, ¿al argumento que nos ofrece el lenguaje, podrá responder jamás el Materialismo? Encuéntranse en sus signos dos cosas á que atender: una el sonido articulado, y otra su significación. Estos dos elementos constituyen la esencia de las lenguas, siendo el primero propio de la materia, y el segundo indudablemente del alma. Y si nó, ¿por qué la palabra recibe tantas variaciones, al par que la significación es inmutable é idéntica? Por que aquella, como hija de la materia, se somete á las variaciones que la modifican, como son las distintas organizaciones procedentes de los diversos climas, y otras circunstancias que dán origen á los distintos idiomas; pero como la parte orgánica del lenguaje no se confunde con la significativa, y

la relacion entre los signos y el significado no es necesaria, se sigue que los signos son múltiples y las relaciones idénticas. Este resultado es muy lógico, puesto que la variedad de las lenguas corresponde á las diferencias orgánicas, y la necesidad de las ideas á las leyes del pensamiento y universalidad de las exigencias psicológicas. Si en la especie humana no hubiera más que un organismo, cualquier fenómeno de la laringe tendria un solo significado para todos los hombres, lo cual es falso, puesto que es necesario, luego que se oiga un signo cualesquiera, que se tenga aprendida su significacion para atribuirlo á la cosa significada, y en el mismo momento de sentirlo. ¿Quién en vista de estas razones no descubre en el hombre, á más del principio vital, otra potencia dotada de las facultades de hablar y de entender? Este es el lugar en que se me presentan la Gramática general ofreciéndome más pruebas, la Lógica franqueándome sus copiosas fuentes de conocimientos, y la Metafísica, esta ciencia despreciada ántes, acaso por el abuso que se hizo de ella; pero que bien tratada es hoy en los paises civilizados la Reina y Señora de todos las filosóficas. Esta ciencia, que guarda en su seno la última razon de las cosas, tambien se me presenta solícita, queriéndome comunicar los últimos y mas preciosos raciocinios, para sacar triunfante la verdad de entre las ruinas del Materialismo. ¡Ah! dadme tiempo y auditorio, y yo oiré vuestras inspiraciones. Harto sientte el omitirlas quien, por natural instinto, quiere siempre conducir las cuestiones por todas aquellas séries de evidencias, que tanto cautivan á los que por inclinacion aman y respetan la verdad. Sin embargo, yo sé bien, aunque omitta vuestros mas especiosos argumentos, que las sensaciones por ser infinitas en número, se clasifican en grupos, para lo cual se necesita de una inteligencia sublime y ejercitada por un poder superior al de la materia. Sé que las mismas sensaciones, siendo recordables, pertenecen por esta cualidad á la memoria; incompatible con la materia de suyc mudable y perecedera: sé que las ideas se componen y relacionan, dando origen á los

juicios, fuentes fecundísimas y únicas de verdades eternas; que estos se relacionan y comparan también para obtener los raciocinios más ingeniosos, los cuales eslabonados en serie conveniente, forman los discursos con que se honra la humanidad, por ser la mejor de sus producciones. Ellos son hijos de facultades y operaciones capaces de llevar su atracción hasta el término más sublime y maravilloso, que es en lo que consiste principalmente la excelencia de nuestra gerarquía, y la notabilísima diferencia que nos enaltece y distingue de los animales. Mediante esta operación, considerada como un arma poderosa, dominamos la naturaleza en sus tres reinos, imperamos en el mundo físico, intelectual y moral, llegamos en lo posible á dominar las ciencias todas, subordinando las ideas particulares, individuales y concretas, á las universales donde se contienen. Formamos los géneros y las especies, verdaderas creaciones mentales que tienen sus tipos sacados de la naturaleza por la asociación de los caracteres y parecidos que notamos en los objetos y fenómenos. Sé que la voluntad se dirige por ciertos principios de moralidad, que todos ellos en fuerza de nuestras nobles facultades conducidas analíticamente á las atracciones necesarias, se generalizan y presentan en una sola fórmula, cual es: *serva ordinem*, producto magnífico, sorprendente, y por sí solo bastante, si yo hoy pudiera seguir el camino que siguieron nuestras facultades y operaciones en su formación, para envanecernos, si es que es dado alguna vez envanecerse al filósofo humilde y cristiano.

Pero ¿á qué tanto empeño en combatir el materialismo? Por ventura no siendo nuevo en el mundo científico, ¿nos debe llamar tanto la atención? Sí: por la hipocresía con que se presenta, revisiéndose de nuevas formas para sorprender. Él ha recorrido vergonzosamente todas las ciencias naturales y físicas, en solicitud de protección y amparo, y viendo que ninguna ha podido satisfacer sus locas exigencias, se ha reconcentrado dentro de sí mismo, para forjar y desarrollar un sistema tan absurdo como los anteriores. Con efecto, harto de sufrir derrotas

y desengaños, y siéndole forzoso reconocer que la materia no puede pensar, concibió el proyecto de conducirla, transformándola de mil maneras, á distintas manifestaciones hasta venir á una de ellas, que la presente con las cualidades necesarias para el pensamiento. Más claro, llega á creerse que la materia en dichas evoluciones puede constituirse espíritu.

Analicemos, pues, este sistema. Ó la materia por medio de sus evoluciones llega á constituirse espíritu, ó nó. Si no se constituye tal, y permanece materia, cualquiera que sea su estado de perfeccion y simplicidad, si se afirma que puede realizar los fenómenos de la inteligencia por sí sola, se defiende el materialismo que hemos refutado y seguiremos refutando en todo este discurso: si se constituye espíritu y se afirma que se verifica esta transformacion en virtud y fuerza omnipotente, propia y esencial á la naturaleza, se viene necesariamente al panteísmo: si se quiere que esta virtud y poder omnipotente, cual se hace indispensable para mudar las esencias de las cosas, lo ha recibido la naturaleza de Dios, esto es imposible: y por último si se solicita y defiende que el Hacedor Supremo efectúa en la naturaleza estas transformaciones hasta constituir á la materia en espíritu, no es imposible, por no implicar contradicción. Pero en este caso ¿qué adelantan los defensores de este sistema? Nada. Tal es el cuadro que nos presenta esta nueva filosofía; réstanos, pues, manifestar las pruebas de cada una de las verdades establecidas.

¿Tendrá la naturaleza fuerza y virtud omnipotente para el efecto mencionado? No: la naturaleza no es más que un efecto que salió de las manos del Hacedor Supremo, y las sabias leyes que la rigen y gobiernan no son más que las altas disposiciones de su Autor divino y omnipotente. Por tanto si la naturaleza hace pasar la materia por mil evoluciones hasta llegar en su último y más perfecto estado á ser una sustancia simple y espiritual, cual corresponde para que pueda pensar, entonces se hace profesion del panteísmo. ¿Quién puede colocar en la naturaleza un poder ilimitado, absoluto y omnipotente sin

considerarla Dios? La omnipotencia es un atributo esencial y solo propio de la divinidad, hasta el punto que donde quiera que se considere, allí está Dios, porque siendo una sustancia simplísima, todo lo que hay en Él, es el mismo Dios.

Tampoco podrán tomar el recurso de negar que para dicha transformacion se necesita de un poder omnipotente. Pues qué ¿el mudar las esencias de las cosas no lo requiere? Cuando la materia pase á ser espíritu, de cualquier modo que esto se verifique, ¿no hay un cambio de sustancia, de naturaleza, y por tanto de esencia? Aquello por lo que la materia era materia y no otra cosa, que es en lo que consiste su esencia ¿no ha desaparecido para sustituirse por otra que la determine espíritu? Pues esto á todas luces corresponde á un poder omnipotente y sin limitacion, propio solo de Dios; y por consecuencia, siempre que se considere en la materia ó en la naturaleza, divinizarlas es traer á la ciencia el Panteismo mas afrentoso.

Tampoco queda á los defensores de este sistema el remedio de confesar que la dicha transformacion se verifica en virtud del poder omnipotente que la naturaleza ha recibido de Dios, como Hacedor Supremo. Dios, como hemos dicho, por ser simplísimo en su esencia hace esclusivamente suyos todos y cada uno de sus atributos, hasta el punto que donde quiera que estuviese uno, allí se encontraría un Dios: siendo el resultado de tan absurda doctrina el Politeismo de los siglos bárbaros.

Pero si reconocen á Dios como Autor de la creacion, conduciendo con su poder omnipotente á la materia por todas las manifestaciones necesarias, hasta que la misma materia en el estado de su mayor simplicidad pase ó se transforme en espíritu, y sea capaz de realizar el pensamiento, puede ser posible el mencionado sistema; porque no implicando contradiccion este hecho, puede realizarse por el poder ilimitado de Dios. ¡Ah! ¡quién duda que mayores cosas pudieran deber su vida y realidad á un leve soplo de su divino aliento! Sin embargo esta manera de concebir la cuestion, nada nos ofrecería de nuevo, porque siempre habria en el hombre dos sustancias, una material

y otra espiritual, unidas de una manera tan misteriosa, que ni este sistema ni otro alguno podrá jamás explicarse, á no ser que quieran decir que dicho espíritu, por haber sido materia, conservaba con ella vínculos de union y simpatía; lo cual había de producir mas bien risa que una demostracion.

Siguiendo, pues, la manera de raciocinar del sistema que combatimos, hay necesidad de definir la vida, diciendo que es la misma naturaleza, que despues de haber pasado por una série de términos inferiores, llega á sintetizar y unificar todas las existencias anteriores. Aquí se hace de la vida una personificacion y se explica por la misma naturaleza, se dá á la vida el carácter absoluto de expresar como causa todos los fenómenos de que son capaces los séres. Esta manera, pues, de expresar la vida en sus distintas manifestaciones, exige de suyo la misma explicacion que se ha pedido á la totalidad del sistema, y á la que segun mi humilde parecer jamás nos responderían de una manera satisfactoria.

Con efecto, Señores, la vida es un fenómeno que no explicaron nuestros mayores, que no explicamos nosotros, y que no explicarán los venideros. Recuerdo haber leído hace ya muchos años las producciones de un génio eminente de la medicina, con cuya historia se engrandece la vecina Francia; uno de aquellos talentos con que la Providencia honra á un siglo y que demostró á las generaciones que no se necesita vivir mucho para inmortalizarse en la ciencia. Hablo de Bichat: pues bien, este hombre verdaderamente extraordinario, que consagró sus trabajos al estudio de la vida y la muerte, define la primera diciendo, si no me engaña la memoria, que es la reunion de fenómenos que constantemente resisten á la muerte; y aunque esta definicion es imperfecta, por cuanto se define la vida por sus efectos, con todo, si se tiene presente que es un fenómeno simple que no se puede descomponer en ideas conocidas para explicarlo por ellas, no hizo poco el sábio mencionado. Con efecto, yo concibo en el hombre una lucha constante entre la fuerza que le sostiene vivo, y otra que le solicita á su destruccion, y como

las fuerzas se dividen en constantes y variables, y éstas, aunque sean de más poder, ceden al fin al influjo de las primeras, las de la vida siendo variables ceden al imperio fijo y constante de la muerte. ¿Observais como el proyectil arrojado por la pólvora adquiere una fuerza superior á la de la gravedad, pero que perdiendo aquella por el tiempo y los agentes naturales que se le oponen, se extingue, y triunfa la pesadez haciendo descender al proyectil á la superficie de las aguas tranquilas? Pues de un modo parecido, esos fenómenos que se oponen á nuestra destruccion perdiendo de su poder con el ejercicio de los órganos, concluye por ceder á la muerte, fuerza y ley constante que acaba por conducir nuestros cuerpos á las obscuras sombras del sepulcro.

Contiene, sin embargo, el sistema que analizamos una verdad innegable, con tal de no admitir que la naturaleza ó la materia sea la que con poder bastante la realiza, y consiste esta en afirmar el pensamiento de que en la escala de los séres que componen la naturaleza, los más perfectos contienen en sí los elementos y atributos de los inferiores, ennoblecidos con cierta propiedad, que siéndoles esencial, los califica. Pero esto se funda en que Dios, como infinitamente sábio, concibió la mejor manera de realizar la obra de la creacion, y como omnipotente, no pudo encontrar óbice en los medios que conducían á su fin. Además; la razon descubre con evidencia que cuando un órden de cosas lleva el sello de simplicidad, se aproxima á la mayor perfeccion, porque el hacer de muchos elementos lo que se puede realizar por un número más reducido de los mismos, dice poco talento y menos poder. En alas, pues, de estas verdades tan sublimes como evidentes el Filósofo, remonta su vuelo y colocado dignamente, analiza la creacion, y observa que para explicarla en los séres que constituyen la naturaleza, le sirve de mucho analizar el doble concepto con que se presentan las ideas que simbolizan los séres contingentes del universo, á saber, la comprension y la extension, consistiendo la primera en el número de ideas espresivas de todos los caracté-

res y constitutivos del sér, y la segunda en el número de individuos á quienes dichas ideas pueden aplicarse. Asi, pues, se descubre el órden admirable con que el Hacedor Supremo realizó su grande obra. Advirtiéndolo que como dichas ideas están en razon inversa, ó lo que es lo mismo, que los séres de mayor comprension de cualidades y atributos, son menores en número que los de menos, se puede presentar en la mente la prodigiosa gradacion que conduce desde la nada hasta el sér de mayor comprension, que lo será el que reuna más notas ó atributos y que se extienda menos como lo es el ser infinito en perfecciones, Dios, ser increado, único independiente y necesario, en contraposicion de los demás, que como creados son defectibles y finitos tanto en su duracion quanto en sus fuerzas, y facultades. De este modo concebimos tambien el limitado, aunque no pequeño espacio en que puede el hombre practicar sus investigaciones, el cual comprende desde la nada donde se pierden los talentos hasta el infinito en que se abisman, por más que se conciba. Estos límites impuestos por Dios al espíritu humano abrazan la heredad preciosa en que puede ejercitar sus talentos, lucir su ingenio, y enriquecerse con la inteligencia de la naturaleza y de sus leyes; de este modo, pues, y teniendo presente que en las ciencias filosóficas no se dá un paso sin ir de lo conocido á lo desconocido, de lo fácil á lo complicado, mediante el análisis severo y atinado, y una observacion escrupulosa, es como puede formarse un sistema verdaderamente filosófico.

No es por cierto este el camino seguido por el positivismo francés, ni por los que despues le han seguido en sus sistemas filosóficos, modificándolo. Estos revisten á la naturaleza de un poder que no tiene; ennoblecen á la materia de un poder creador de mil transformaciones hasta hacer mudar los constitutivos de las cosas; Ah! si yo contara con tiempo ilimitado y en VV. SS. con una atencion incansable, yo recorrería el vasto campo de la naturaleza para probar lo contrario; pero no siéndome dado ni lo uno, ni lo otro, me contentaré con solo tocar,

valiéndome de las ciencias naturales, algunas ligeras razones para acabar, aunque en bosquejo, el cuadro que me he propuesto presentar. No creais que tenga yo la vana pretension de creerme maestro en estas ciencias; aunque no me desdeño de darme á conocer como antiguo alumno de sus clases; á ellas consagré mis trabajos, y me honro de haber sido discípulo de varones muy eminentes en estos ramos del saber, cuyas lecciones oí con respeto y alta veneracion.

Ante todo quiero dejar consignado que por inclinacion soy amante del progreso de las ciencias, y por educacion, en cuanto lo han permitido mis débiles alcances, he procurado ir al frente de los adelantamientos científicos; siendo tal mi entusiasmo en este sentido, que, sin temor de arrepentirme, puedo asegurar que consagraré mi último aliento á Dios, y á esta idéa sellada en mis instintos. Yo sé bien que una vez creada por el Hacedor Supremo la materia orgánica, recibió la propiedad de transformarse de mil maneras y que en su virtud se ha transformado en las distintas épocas del mundo con arreglo á las condiciones variadas de nuestro globo; pero siempre sujeta á las condiciones de su naturaleza, siempre dentro de sus límites, y notándose en los seres un carácter de permanencia, luego que se han especificado; que si por circunstancias especiales sufren alguna alteracion, no tardan en perderla, y las más veces, aun permaneciendo las mismas causas que lo produjeron. No me detendré en los seres que componen el reino inorgánico, seres compuestos de más ó menos elementos, que crecen por capas sucesivas, modificándose algunos de ellos por la influencia de los agentes exteriores; y fijándonos en los vegetales: ¿qué vemos? unos cuerpos dotados de vida orgánica, que al recibir su propio modo de ser, lo conservan de una manera inalterable, y si alguna vez por el trabajo, ó el arte, pasa, una flor por ejemplo, á ser doble ó llena, es una cosa demostrada por la experiencia, que ella misma vuelve de una manera necesaria á su ser y tipo de simplicidad primitivos; advirtiéndome que aun cuando de semillas pasen á ser dobles, ó llenas, jamás dejan

todos sus caractéres especiales. Así es que si hoy volviesen á la vida Linneo, Jussien y Alfonso de Decandolle clasificarían, aun cuando no fuera mas que por el sistema natural todos los vegetales cuyas flores se encontrasen más ó menos metamorfoseadas. Siempre constantes dan al mundo una idea de la obediencia ciega é inconsciente á las sabias y eternas leyes del Hacedor Omnipotente. Notándose tambien que por mas que las atmósferas artificiales apresuren el nacimiento de las plantas, y porque á virtud de corrientes eléctricas se consiga en poco tiempo hacerlas crecer y fructificar, jamás estos poderosos agentes consiguen variar en lo más mínimo los órganos que determinan los géneros y especies que les son propios, y que constituyen sus caractéres decisivos. La materia, pues, lleva consigo el carácter de estabilidad.

Si fijamos la consideracion en el reino animal, sin excluir al hombre, vemos en la materia el mismo carácter de permanencia. Por más que en la especie humana se crucen las castas, siempre vemos en ella la tendencia á sus tipos primitivos, notándose con frecuencia que los hijos reproducen la naturaleza y parecido de sus abuelos, señaladamente los que ocupan en la generacion los números pares de cuatro y ocho.

Si despues venimos al dominio de la ciencia fisica, tendremos ocasion de notar que la materia, por mas que á veces se nos presente en el estado de simplicidad, nunca deja las condiciones de la materia, ni sus fenómenos son otra cosa que materia, ni llevan su influencia á obrar mas que en la materia. Observad los cuatro flúidos imponderables, admirad el poder de aquellas fuerzas, con que Dios, mediante estos agentes, quiere ostentarse grande á los mortales, y despues de todo ¿qué vemos? Unos cuerpos materiales que ya en su ordinario, ya en su extraordinario modo de ser, se anuncian con fenómenos propios de su misma naturaleza, sin dejar los caractéres que los distinguen, ni recibir jamás el menor progreso en perfeccion.

Y la química, esa ciencia que ha venido á demostrar en

nuestro tiempo una verdad que ya conocían los sábios, á saber: que una ciencia bien tratada era un lenguaje perfeccionado; esa ciencia que eleva los cuerpos por medio de descomposiciones sucesivas, de compuestos al estado de sus simples, hasta llegar á la forma atómica, ¿qué ofrece despues que se posesiona de uno ó varios de los elementos simples que hoy conoce la ciencia? ¿Ha podido ni podrá jamás hacer que una molécula simple deje de ser materia, pasando á formar una sustancia que no conste de partes, aun cuando sean homogéneas por su simplicidad? Dado que la materia se suponga divisible hasta lo infinito, aun así, ¿dejará un átomo de ser materia? Nunca. Ese sello le puso el Hacedor Supremo, y hasta su exterminio lo conservará indeleble. En vista, pues, de esta constancia indefectible de la materia en conservarse inalterable, ¿no podremos oponernos hasta cierto punto á esas transformaciones? Confesemos que es un sistema insostenible, por mas que se diga que los grandes talentos del siglo lo apoyan y defienden. Esto no puede ser exacto; pues el número de los que así piensan componen en la república de las letras lo que cuatro gotas de agua en la vasta y dilatada extension del oceano.

Tampoco importa el argumento de que en una Asamblea de la vecina Francia triunfó este sistema de sus impugnadores. Esto tampoco puede ser exacto, por más que así lo afirmen algunos órganos de la prensa periódica, á no ser que la magestuosa y modesta voz de la razon se ahogára con la fuerte y estrepitosa de los pulmones; lo cual es harto frecuente en reuniones de cierta naturaleza. ¿Era este el lugar á propósito para disputar sobre la verdad de un sistema filosófico? Este debate exige de suyo meditacion, calma y realizarse por escrito, para que los sábios en la materia hagan justicia á las publicaciones, sin olvidar que para cumplir debidamente el objeto, se hace preciso comenzar por fijar la significacion de muchas palabras de que se hace uso en dicho sistema. Ellas están tomadas unas en un sentido ambiguo, y otras en una significacion nueva en filosofía, despues de convenir en que no se daría por de-

mostrada una verdad sin que fuera consecuencia precisa del análisis y observación de los hechos, y por último no olvidar que una ciencia bien tratada es, como hemos dicho, un lenguaje perfeccionado, y por tanto claro, á diferencia del que frecuentemente usan los sectarios de esa Filosofía enigmática que necesita más bien de adivinación que de inteligencia. Tal es el resultado de todo sistema que se fragua por la imaginación, cuando orgullosa sube las gradas del sòlio ocupado por la razón, y arrojándola de él, aspira á convertir sus faustas en reglas y principios filosóficos.

¿Y es esta la filosofía que procura resolver los grandes problemas que ni han tenido, ni tendrán resolución? Pero sepan que por querer lo que no nos es dado conocer, abrirán ante sus pies un abismo sin fondo. Es cierto que no puede la verdadera ciencia dar razón de ciertos misterios, entre otros el de la unión del alma con el cuerpo. Por ventura, ¿la ciencia podrá jamás poseer todos los arcanos de la naturaleza? ¿Quién orgulloso se atreverá á descorrer el velo con que Dios ha querido ocultarlos? Y porque no podamos concebir la manera con que ha unido el espíritu á la materia, ¿deberá negarse la existencia de Aquel, tan probada por los innumerables argumentos que dejamos expuestos? Porque no conozcamos, por ejemplo, la esencia de las cosas, ¿dejaremos de conocer y afirmar de lo que son capaces, atendidos sus constitutivos? Si yo pruebo que la materia en ninguno de sus estados y manifestaciones puede pensar, si además pruebo que una sustancia espiritual puede hacerlo, si yo pienso, ¿no se afirmará la existencia en mí del espíritu, por más que se me oculte el modo con que se unen y relacionan las dos sustancias? ¡Ay del que en su delirio quiera atrevido escalar el cielo! Su fin será el de los pobres reptiles, descender á rastrear por la tierra. Querer concebir sistemas que expliquen todas las cosas, es aspirar á la alta sabiduría de Dios; es pedir á la imaginación una novela; es olvidar que el que puso límites al mar *con blanda arena*, también los puso al humano entendimiento; es en fin

desconocer la primera y más esencial de las obligaciones de los sábios que es ser humildes.

Y bien, señores Académicos, ¿creeis que no cuento con más razones que las manifestadas para probar suficientemente la existencia en el hombre de un alma espiritual é imperecedera? ¡Ah! si obedeciese á mis instintos, seria interminable; y al expresarme así, no creais que hago la apología de mis talentos, cosa agena de un filósofo cristiano; hago sí la apología de mis creencias, de mis convicciones, y rindo un tributo á la verdad; tributo que me exigen con un titulo de estricta justicia las ciencias filosóficas, á las que he consagrado muchos anos de estudio. Pero si la mejor filosofía es la que explica al hombre, ¿cómo se dará razon de sus sentimientos y propensiones, sino dentro de mi sistema filosófico? ¿Qué nos quiere decir, sinó, esa lucha inextinguible, que dura desde la cuna hasta el sepulcro, lucha del bien que conozco, con el mal á que siento inclinaciones; de la ley que respeto, como justa, con las pasiones que se niegan á su obediencia; de la razon que quiere conducirme por un camino, y las fuerzas de mis miembros que la resisten; lucha en fin del espíritu y la materia? ¿Habrá quién la desconozca? El que la niegue, se niega á sí mismo.

Y ese anhelo insaciable de felicidad, que jamás se satisface en esta vida, ¿qué nos dice? ¿Pudo Dios esmaltarlo de una manera tan indeleble en la humanidad, para que al fin no tubiera su debido cumplimiento? No puede ser. Dios no engaña; y si el sumo bien no lo encontramos en la tierra, nos estará reservado en la eterna mansion, donde el Señor habita.

Y ese conato instintivo, vehemente y siempre vivo á la inmortalidad, ¿no lo tenemos sellado en nuestro Yo, grabado en nuestro corazon, y siempre presente, ya velando, ya mediante la fantasia, hasta en las horas en que nos rinde el sueño? ¿Dónde está el hombre que no sienta estos tres estímulos que de continuo conmueven su naturaleza? ¿No lo sentirán los materialistas? O los sienten, ó es menester que confiesen que las pasiones han extinguido en ellos hasta las fuentes del sentimiento.

Si así fuese, triste estado, desgarrador tormento os espera. ¿Qué importa que os goceis de presente en ese campo, al parecer sembrado de rosas y alelías? Una época llegará que os lo convierta en penetrantes espinas. Seguid, seguid en pos de vuestras ilusiones la equivocada senda que os conduce á lamentables extravíos; pero os cito y emplazo para un día, acaso no lejano. Cuando próximos á vuestro último fin, os veais en el lecho del dolor, la muerte única maestra en tan terrible trance os hará leer en un libro prodigioso, libro con cuyas inspiraciones descubrireis el fin del tiempo y el principio de la eternidad, y sin más estudio que el terror que os inspire, conoceréis la deformidad de vuestras doctrinas, lo extraviado de vuestras creencias, lo engañoso de vuestro saber, la falsedad de vuestra filosofía; y entónces palpáis, aunque tarde, la verdad y grandeza de la que explico y ensalzo en este día.

Ya concluyo, Señores Académicos, porque creo haber demostrado la probabilidad de que los cuatro flúidos imponderables sean modificaciones de un mismo flúido, y me fundo en que cuando las ciencias tienen una aspiracion constante, y las observaciones y experiencias de los sábios van correspondiendo al fin solicitado, casi puede asegurarse que está cerca la risueña alborada que antecede al día feliz del triunfo apetecido. Hoy se aplican las ciencias matemáticas al lumínico, y las fórmulas con que lo enriquece el cálculo dan en la práctica un lógico resultado. También algo se han aplicado á la electricidad, y es de esperar que pronto se someta este flúido á la luz clara y refulgente de las ciencias exactas. La identidad de las fórmulas vendrá con el tiempo á demostrar el problema que ha de enaltecer á la ciencia física.

También he convenido, y me complazco en rendir el debido homenaje á la feliz invencion de la materia y del movimiento, mediante la ciencia del cálculo, á que se prestan dichos dos agentes por abrazar el tiempo y el espacio. Darán, aplicados á esta cuestion y á otras muchas de las ciencias físicas y naturales, las más plausibles consecuencias. Pero de ningun mo-



do puede creerse ni probarse, que la materia y el movimiento podrán ser los agentes que intervengan de una manera exclusiva en la producción de los fenómenos de la inteligencia.

En este punto, como de la mayor importancia, me he detenido algo, y con efecto he probado que en el hombre se observan dos series de fenómenos distintos: una, de que no se apercibe el Yo, y otra de que se declara dueño y señor hasta el punto de darle vida, mediante sus facultades, y dirección de las operaciones. Y como los efectos de distintos géneros han de referirse necesariamente á distintas causas, se sigue que los primeros han de proceder de un principio diverso del de los segundos. En vano, pues, se afirmará que la explicación de estos diferentes fenómenos por distintas causas, originará confusión. El día que la filosofía aceptara esta doctrina, caería por tierra todo el edificio científico; porque si bien es verdad que Dios en la creación no dió á las cosas más causas que las necesarias, y que las ciencias, por tener en Dios su tipo, deben trabajar para la investigación de estas, y nada más que de estas; también lo es que los efectos de distinto género no pudo el Hacedor referirlos á un mismo principio, porque la introducción de más causas que las precisas originaría tanta confusión, como el omitir las indispensables.

También hemos visto que el sentido común nos demuestra la existencia de nuestra alma mediante el conocimiento de nuestra unidad, identidad y actividad, propiedades esenciales de aquellos, é incompatibles con la materia; que el lenguaje compuesto de sonidos articulados y de la significación de sus voces, nos convence de la existencia de los dos principios de que se compone el hombre, materia y espíritu, refiriéndose la variedad de las lenguas á las mutaciones que experimenta el organismo por las variaciones de climas y otras circunstancias, y la permanencia de los significados á la estabilidad del espíritu.

Después hemos llamado en nuestro favor, no solo á la Psicología, sino también á la Lógica, la Gramática general y la Metafísica, demostrando con la clasificación que hemos hecho de las ideas, y sus relaciones con los recuerdos incompatibles con la materia sujeta á mutaciones, con las atracciones á que se debe la generalización de las ideas, patrimonio de nuestra especie, la necesidad de una sustancia espiritual, única y solo capaz de la producción de estos fenómenos.

Tampoco hemos omitido la refutación de algunos sistemas nuevos, con los cuales, conociéndose la imposibilidad de la materia para pensar, conciben que sometiéndose esta á mil evoluciones, dá origen á mil manifestaciones, y que subdividiéndose hasta lo infinito en una de sus avanzadas divisiones, pase de su estado de simplicidad, ú atómica, á espiritualizarse. Esto es un absurdo inconcebible, puesto que la naturaleza como efecto, como cosa creada no goza del poder omnipotente para mudar la esencia de las cosas. Este poder solo es de Dios cuando no implica contradicción, y lo contrario es dar lugar al Panteísmo, de que se horroriza la ciencia; y para demostrarlo así, hemos llamado en nuestro auxilio á las ciencias físicas y naturales, haciendo ver con innumerables hechos que la materia es inmutable en su naturaleza y modo de ser, cualquiera que sean las manifestaciones que afecte. Y por último, recurriendo á la conciencia, testimonio elocuente é irrecusable de nuestros conocimientos y aspiraciones, hemos analizado en el hombre la lucha inextinguible del espíritu y la materia, su insaciable deseo de felicidad, no satisfecho en esta vida, y la idea siempre viva de inmortalidad á que aspira, y deducido la existencia en él de una sustancia espiritual y capaz de realizar tan grandes y sublimes exigencias.

Tales son mis creencias filosóficas, y tengo la convicción de que ellas se identifican con el sentimiento de todos los hombres. De otra manera no estaría seguro de mis asertos, porque siempre he tenido y respetado como verdades axiomáticas, que cualquier sistema filosófico, no conforme con el comun sentir



de los hombres, no puede ser verdadero, y que todo hombre que se posesiona de una senda en la cual no se encuentra con la humanidad, está demente. Así es que cuando en la cátedra de Filosofía y su Historia, que desempeñé por algunos años, me he visto en la necesidad de refutar el materialismo, tuve tanta lástima de sus secuaces, como horror á sus doctrinas. Lástima sí, y se explica, porque como Ministro del Dios del Calvario que consagró al perdon de sus enemigos los últimos esfuerzos de su voz trémula y moribunda, no puedo aborrecer á mis hermanos, por más que sean los verdugos de las verdades filosóficas. Todos ellos viven en mi corazon, cualesquiera que sean sus errores y sus extravíos; errores y extravíos que yo aborrezco, y mucho más que otros los pertenecientes al materialismo. Yo concibo, pues, á éste como una secta asquerosa, nacida del cieno de las brutales pasiones, para arrojar sus inmundicias á la honrada frente de la humanidad; pero ésta protesta de la manera más enérgica contra las locas ilusiones que pretenden, aunque en vano, despojarla de los nobles títulos con que se proclama imágen viva del Hacedor Supremo y Reina augusta de la creacion entera.

HÉ DICHO.

